**Domingo 4º de Pascua (A). 07.05.2017: Juan 10,1-10.**

***“Yo soy… la puerta”.* ¿La puerta? Sí, y yo lo suscribo… ¡CONTIGO!**

Se nos acerca un nuevo domingo de la Pascua del Resucitado, el día siete de mayo. Para la celebración litúrgica de este nuevo domingo, los entendidos organizadores no han seleccionado ninguna de las llamadas apariciones de Jesucristo resucitado, sino que nos proponen el breve y sustancioso relato de Juan 10,1-10.

Según este Evangelista, se trata de un momento de la vida de Jesús de Nazaret. Éste había subido a Jerusalén, la capital del Israel ocupado por la prepotencia romana. Y allí estaba este galileo de Nazaret participando en los eventos de la fiesta judía de las Tiendas (Juan 7,1 a 10,21). Ahí encontró este contemplativo de la vida la presencia de un ciego de nacimiento y se hizo para él ‘ojos-vista-y mirada’. Este hecho tan sorprendente sólo se nos cuenta así en este Evangelio. Creo que se trata de una de las confesiones de la experiencia de la fe de algunos creyentes de finales del siglo primero (años 85-100 dC.).

El colofón de este ‘relato de curación de la peor de las cegueras’ (por ser la de aquellxs humanxs que no quieren ver) es un curioso discurso del autor del cuarto Evangelio puesto en labios de Jesús. Este discurso no es otra cosa que un par de parábolas: la de una puerta y la de un pastor. Una puerta que es el propio Jesús y un pastor que también es él mismo. Eso es, Jesús una puerta y un pastor. Nada de un ser superior, dios, semidiós, héroe, ángel, el hijo, un ungido, el mejor… ¡Muy curioso, me digo! ¿No te lo parece también a ti que lees?

Así pues, se nos ha seleccionado para el domingo cuarto de Pascua ‘la aparición de un Jesús de carne y hueso que habla de él mismo como si fuera una puerta’. Se trata de una aparición que no es otra realidad que su propia vida, persona, actividad y palabra. Confieso que me encanta leer y orientar así las meditaciones críticas de un relato como éste de la puerta.

He recordado y releído aquello del Éxodo 3,14-16 (como lo del número ‘pi’): *“Yo soy el que soy”* o como traducen otros: *“Yo soy el que sea”*. Esto que se dice de Yavé, el Dios de Israel, se lo atribuyen a Jesús de Nazaret transformado y actualizado en: *“Yo soy la puerta”* siempre abierta y para todos cuantos quieran ‘pasar-pascua’ por ella.

Si esta manera de comprender a Jesús es ya una ‘herética novedad’, ¿cómo calificar esta otra expresión de la identidad de este Jesús?: *“Todos los que han venido delante de mí son ladrones y salteadores… Yo soy la puerta”* (Juan 10,8-9). Y con este mismo criterio me atrevo a mirar a la historia de lo religioso que fue viniendo después de este Jesús-‘la puerta’.

Después de él siguieron llegando ladrones y salteadores, porque para este Jesús del cuarto Evangelio no existe otra experiencia de fe que la del amor, como se lo había dicho a la mujer de Samaría (Juan 4). No existe otra religión que el *amor*, como lo va a expresar explícitamente poco después en 13,35: *“En esto conocerán que sois de los míos, si os amáis unos a otros”.*

*“Jesús les dijo esta parábola, pero ellos no comprendieron lo que les decía”* (Juan 10,4). Ellos no le comprendieron. ¿Y los de ahora? ¿Tú y yo?... ¿Sabemos por qué puerta entramos o salimos?

**Domingo 24º del Evangelio de Marcos (07.05.2017): Marcos 6,30-56.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

La lectura de Marcos 6,30-56 nos permite conocer tres nuevos hechos, signos o datos que iluminan la respuesta a la pregunta explícita sobre la identidad de Jesús de Nazaret, aquel laico judío que sorprendió por su manera de actuar y de enseñar. Estos tres signos son: **la llamada multiplicación de los cinco panes y los dos peces** con los que se alimentaron aquellos cinco mil hombres hambrientos, más las mujeres y menores de doce años que no fueron contados, pero que también comieron. ¿Quién convocó y reunió a esta inmensa multitud? Parece ser que fue ‘la propaganda’ llevada a cabo por lxs seguidorxs de Jesús, según leímos en 6,7-12.

Este hecho de la comida compartida tiene lugar en la orilla oriental del lago, en el mismo lugar donde se produjo la insólita transformación de ‘El Legión’ (5,1-20). ¿A quién no le resonará como un punzante ritornelo la expresión que este relato pone en labios de Jesús: *“Dadles vosotros de comer”* (6,37)? ¿No se trata de ‘partir’ lo que se tiene, ‘repartirlo’ y ‘compartirlo’ con quienes nos rodean? ¿Era esto o así, mi narradora María Magdalena, lo que deseaste anunciarnos del actuar y el enseñar de Jesús de Nazaret con esta sorprendente multiplicación y con la que contarás más adelante en 8,1-10?

**El siguiente signo o señal tiene lugar en el mar**. Como si se deseara evocar la vieja experiencia de la liberación que este pueblo vivió en su estancia en Egipto. Se nos recuerda aquella comida de la primera pascua en tierra extranjera antes de cruzar-pasar las aguas del Mar Rojo y poder acercarse a la nueva tierra de la libertad. Esta señal contada en 6,45-52 nos despierta la presencia de un Jesús que no se hunde en el mar ni deja que los vientos hostiles hundan la barca de sus amigxs. Este Jesús está muy delicadísimamente presentado como un *“Soy yo”* o un ‘Yo soy’ (Marcos 6,50 o Éxodo 3,14-16).

Más de un comentarista crítico e ilustrado invita a no echar en el olvido que el mar (aquí y en todo contexto bíblico) no es otra cosa que un símbolo del mal. Este mar-mal es el abismo y lugar más alejado y opuesto del cielo-altura-ycasa donde Yavé Dios habita. ¿Quién es, fue y será este hombre y laico que se trata tan familiarmente con el mar del mal (6,51-52)?

¿No es un mal el hambre de los hambrientos? Dadles vosotros de comer. ¿No es un mal el sufrimiento de los enfermos? Dejadles tocar siquiera el borde de su manto (6,53-56). **El siguiente signo o señal es ¿acercarse a Jesús, sentir la seguridad de su cercanía?**: *“Llegaron a la orilla occidental del lago, desembarcaron en Tiberias… y todos los que lo tocaban quedaban sanos”*. ¿No les hacían creer a aquellas gentes que toda enfermedad era un castigo divino por el pecado de los humanos?

¿Tocar el manto de Jesús sanaba? Claro, ya lo ha contado esta Evangelista, que lo es MM, en 5,24-34. Aquel manto de aquel Jesús es su mismísima identidad. Tocar este manto es escuchar su enseñanza y acoger su buena noticia, blasfemia y desobediencia para el poder del mal que reside en la Ley de Moisés y en la religión de este Israel de Yavé, su Dios. El manto de este Dios es el único Templo de Jerusalén y todo el sistema estructural de su Sacerdocio. Tocar el Templo era tocar a su Dios y su manto. ¿Cómo ahora en muchos ámbitos? Igualito. Creo que sí.